Enseñanza católica, ¿para qué?

La Iglesia oficial ha sufrido y está sufriendo ahora también en España un error majúsculo de perspectiva. Con su miedo vio sigilosa aferrada a sus rutinas de antaño, y olvida el mal resultado de esta hegemonía que ha ejercido en todos los orde-
nes del país: prensa, espectáculos, radio, televisión, y —sobre todo— en los colegios y escuelas.

La lectura de un libro "escandaloso" que acaba de publicar la Editorial Popular, me sugiere estas reflexiones. Es el libro de un jesuita que vive desde hace años entre los emigrantes espa-
ñoles. Un hombre batallador y tenaz que se llama Javier Domínguez, y titula su obra así: "Enseñanza católica para una generación". El mismo fue "victima y testigo" de esta generación enseñada dentro de los módulos católico-hispánicos.

Los jesuitas han querido evitar la publicación de este libro. Pero su autor —agudo como buen jesuita— se adelantó a las cortapisas que le pusieron. Y cuando sus superiores quisieron recordarle ya estaba el libro en la calle con sus 148 enjundiosas páginas, que va-
en por muchas aburridas páginas religiosas de los periódicos y revistas espa-
ñoles con su falta de análisis de la realidad.

Me voy a limitar hoy a comentar la primera parte: la que dedica a la edu-
cación en los colegios católicos. Otro día escribiré sobre la formación que recibió para llegar a ser jesuita. Pero, antes, haré una advertencia para ti-
moratos, que me ha sugerido el viaje que he hecho al convento de San Juan de la Cruz, en Segovia, donde está el sepulcro del Santo, expresión del pavor
gusto eclesiástico lujosamente curtido de los años franquistas.

El insigne San Juan de la Cruz tuvo muchas dificultades con su Orden. Pero las resolvió por un solo medio: el expeditivo de decir siempre, serena y firmemente, lo que pensaba. Enseñaba este místico que hay que te-
necer "el valor de decir la ley de la justicia y de la verdad obligan a decir". Sin dejarse llevar "de la pasión,
imidad o el temor de molestar a un superior". Por eso cuando, en una Or-
den religiosa, se cee en este prudencia-
lismo timorato, "la Orden está comple-
tamente perdida y arruinada".

Hemos de desvelar sin tapujos la ense-
nanza católica que hemos recibido los españoles en los colegios de religio-
sos durante estos años últimos, dicien-
do las cosas claras, porque los males no se arreglan nunca con paños calientes.

Eso hace Javier Domínguez. Y de entrada transcribe —para situar la cuestión— el texto editorial de la pri-
mera revista que publicó tras la guerra civil el Colegio de Areneros. En ella se dice lo siguiente: "Entre todas las reformas llevadas a cabo por la España de Franco, quizás sea la más trascendental la de la enseñanza me-
dia. Tan trascendental la considera-
mos, que no dudamos en afirmar que, si la guerra con todos sus horrores lu-
hiera sido el precio de esta reforma, ese precio casi pudiera pagarse".

¿Cabe monstrosidad más incre-
bíble? ¡Bañar con la sangre de los espa-
ñoles lo más pacífico del mundo, que
debe ser la educación en los principios
de la Iglesia...! Y esta tónica se transmi-
tió en la enseñanza bajo tres prí-
mas: el de la política de la "mística de
de los luceros", el de la formación religio-
sa en el nacional-catolicismo, y el de la
transmisión complaciente del burgues-
catolicismo como doctrina social
católica-política.

La mística de los luceros suena hoy más bien al lucero de la alba. Algo eva-
sionista, ficticio y puramente verbal, que
no tenía ni tiene más base que la
de aquel cuento de "Caperucita azul",
publicado en los años 40 para contra-
restar energéticamente el antiguo color
del inocuo cuento infantil tradi-
cional.

El nacional-catolicismo fue el de la
división encajonada entre las dos espa-
ñas. Teoría que expuso don Ramón Menéndez Pidal, y que recuerda Do-
mínguez, trayendo a colación la expre-
siva frase del liberal Mariano José de
carrasquilla aplicable literalmente a
daon guerra civil, como producto del en-
frentamiento entre las dos mitades del
país: "Aquí yace media España. Murió
de la otra media".

Por último, la tercera inspiración fue
de no social, después de la política
cual de los luceros de la fantasmal espa-
ña imperial, "la de Trento, martillo de
derechos y espada de Roma"; y la re-
ligiosa del nacional-catolicismo que
convertía el universalismo cristiano en
una secta nacional, única poseedora de
la verdad. Era esta doctrina un patri-
monio social, predicado en pilares
y escuelas, que se centraba en el
"burgues-católicismo". Sus enemigos
eran los masones, los socialistas, los
comunistas, productos todos ellos de la
cosificación judeocristiana que quería
dirigir a España. Y, para oponerse a ella,
se inventaba el verticalismo sindical y
el paternalismo de la sociedad econó-
mica autárquica de la postguerra. Apa-
recía, sin embargo, como un paso ade-
lante superador del lisonjero sistema
eclesiástico de los libros de moral para
confesores. Con este sistema se sentía
uno, como la más libre de toda obligación, si pagaba los escasos impuestos del Estado. Este "totalitariamente" se encargaba de resolver todos los problemas de la sociedad, según rezaba un famoso Cat-
tecismo Apologético editado por un co-
lega del jesuita Domínguez.

Así se fomentaba, desde la más ter-
na infancia, el conformismo al régi-
men político franquista, y se hacía con
la bendición de obispos y religiosos que se sentían bien a gusto con sus
privilegios estatales, vendida su
primogenitura espiritual por un plato
de lentejas, como hizo el materializado
Elsaí en la época del Antiguo Testa-
mento.

Rasta la cómica y moralizante
doctrina social de la Iglesia era consi-
derada como peligrosa en estos am-
bientes jesuiticos; pues sonaba a lucha
de clases a muchos padres de alumnos.

Expresión de todo ello es la anécdota
que cuenta Domínguez. Al pasar con su familia al lado franquista por la
frontera de Irún, había un sacerdote
que les examinó de Catecismo para así
tener un más sabio rescoldo y poder entrar en la zona nacional.